

Vuelve a mí

Raquel Montiel Núñez

Me desperté sobresaltada, agitada, empapada en sudor. Por un momento me encontré desorientada, no sabía dónde estaba. Me encontraba en una sala blanca con sillas alrededor de la pared. Alguien cogió mi mano y dijo a la vez “No pasa nada, amor”. Un poco atontada miré a la persona que la apretaba cálidamente. Una alegría inesperada recorrió todo mi cuerpo. No podía creer que fuese él. Sus hermosos ojos avellana me miraban llenos de ternura y amor. Las palabras estaban atascadas en mi garganta y él parecía tan conmovido como yo. Sin embargo, las palabras sobraban. Después de tantos años juntos habíamos aprendido a comunicarnos sin decir ni una palabra. Por un momento vino a mi memoria el día que me pidió que me casase con él. No fue necesario que preguntase nada, ni siquiera me hizo falta ver la cajita donde se escondía aquel precioso anillo. En cuanto le vi entrar aquel día a la casa de mis padres, con esa sonrisa misteriosa que solo él es capaz de poner y me miró a los ojos... “Sí” le dije sin más besándolo, sin importarme que de un momento a otro mis padres pudiesen entrar por la puerta “¿Ni siquiera vas a dejar que te lo pregunte?” Fue todo lo que dijo cuando dejamos de besarnos sonriendo como jamás le había visto sonreír.

Dejé de soñar despierta y le miré de arriba abajo. Era extraño, estaba segura de que hacía tan solo un segundo le había visto llevando ese jersey rojo que a él tanto le gustaba y que yo odiaba. Sin embargo, ahora llevaba el mismo traje que llevaba el día que pidió mi mano. Aquello era imposible, seguramente se trataba de otro traje.

Sin decir ni una palabra él se levantó y una hermosa música comenzó a sonar. La reconocí en seguida, era la misma con la que habíamos abierto el baile de nuestra boda. Estaba embobada, así que, dejé que me llevase hasta el centro de la sala y comenzamos a bailar. Era agradable volver a sentir el calor de su cuerpo. Apoyando mi cabeza en su hombro aspiré el olor de su colonia. Siempre olía tan bien. De vez en cuando él trataba de asustarme de broma, sobre todo los primeros años que vivimos juntos, pero casi siempre le pillaba antes de que saltase en frente de mí o me atacase por detrás tapándome los ojos. Aquella colonia le delataba. Habíamos sido tan felices.

Mucha gente trata de dar recetas infalibles para que las parejas funcionen, sobre todo en estos tiempos locos que corren. Son todo mentiras, no existen fórmulas mágicas para las relaciones de pareja. Nosotros lo descubrimos en seguida. Querer a alguien no es fácil, es algo que hay que trabajar día a día. A veces querer significa dejar marchar, otras

luchar. Saber cuándo hay que elegir una u otra... bueno eso es como jugar a la ruleta rusa. Lo único que puedes esperar es que si te equivocas seas perdonado.

La música paró, ya no estaba en la sala blanca y él había desaparecido. Un extraño sentimiento me invadió, ya no me sentía perdida. Sabía perfectamente dónde me encontraba. Me acerqué al sofá que dividía el salón en el que ahora estaba. La luz del sol entraba por el gran ventanal que había a la derecha iluminando aquel cacharro que tanto le gustaba a mi hija. Eran unos cristalitos que colgaban a diferentes alturas de una estructura de metal. Cuando la luz del sol los atravesaba esta se descomponía en miles de colores que bombardeaban la pared del otro lado. También era uno de los artefactos preferidos de nuestro gato que se pasaba las tardes enteras tratando de cazar los puntos luminosos de color. Acaricié el sofá. Me encantaba aquel sofá, era cómodo, acogedor, precioso y fácil de limpiar.

“Mamá, mamá”. Me volví en cuanto oí su voz. Mi niña, mi pequeño ángel rubio corría hacia mí con los brazos abiertos. Tenía seis años y era como una muñequita de porcelana de piel perfecta, ojos claros y una rizada mata de pelo dorado. Cuando la abracé su olor a colonia nenuco me invadió. Aquel olor me recordó el día que nos dieron la gran noticia. Yo no cabía en mí de alegría y mi marido, mi querido marido... fue una de las pocas veces que le he visto llorar, otra fue cuando al fin nuestro pequeño ángel se decidió a venir a este mundo. En el mismo momento en el que una de las enfermeras le puso a nuestra hija en sus brazos enormes lágrimas de alegría comenzaron a rodar por su rostro.

“Mamá, mamá, ¿me oyes?” Volví a estar en la sala blanca, pero no quería estar allí, no ahora que había empezado a recordar. Cerré los ojos y cuando los abrí vi un enorme océano que se postraba bajo mis pies. Volví a cerrar los ojos dejando que el sonido de las olas recorriese mi cuerpo haciendo que se relajase totalmente. Oí un chapoteo y un poco asustada abrí los ojos de nuevo. A pocos metros de mí sus ojos color avellana brillaban por la emoción. Su bronceada piel brillaba debido al agua del mar. Era la misma playa en la que habíamos pasado nuestra luna de miel. Era la primera vez que veíamos el mar y mientras él había disfrutado de lo lindo aquella primera tarde en la playa a mí me había costado acostumbrarme a aquella masa de agua salvaje y descomunal que se movía a su antojo. Aquella semana había sido como estar en el paraíso. Era también la primera vez que iban a un hotel y a mí me parecía todo un lujo no tener que preocuparme por nada, solo por disfrutar del momento. “Carpe Diem” me repetía mi marido como buen profesor de latín. Había conseguido trabajo en una escuela

dando clases a los chicos mayores. Adoraba su trabajo. En todos los años que habíamos estado juntos jamás le había escuchado quejarse de él. Le fascinaba el, como solía decir, moldear la mente de aquellos pequeños genios. Para él no había alumnos brillantes ni pésimos, pues solo tenía en cuenta el esfuerzo de cada uno por aprender. Le resultaba más meritorio el alumno que pasaba de sacar un cinco a un seis y medio que el que siempre sacaba sobresaliente, aunque, por supuesto, sin menospreciarlo para nada. Había tanto amor en mi marido... era una de las cosas que más admiraba de él, además de su positividad. Daba igual lo mal que se nos pusieran las cosas, él siempre repetía una y otra vez “Dios aprieta pero no ahoga”.

“¿María?” Cuando escuché aquella voz la playa desapareció de repente. De nuevo estaba en la sala blanca. ¿Pero por qué seguía yendo una y otra vez allí? Aquel lugar era frío y la cálida mano que hacía que aquel lugar resultase más agradable había desaparecido. Noté cómo alguien tocaba mi cara y un nuevo perfume. Es curioso como el sentido del olfato te hace recordar miles cosas, lugares, personas, ocasiones especiales. La hermosa cara de mi hermana apareció frente a mí, sonriente, con sus enormes ojos azules como el cielo y su larga cabellera oscura. Fue gracias a ella que conocí a mi marido. De repente estaba de nuevo en aquella calle aquel 8 de agosto de 1971. Alguien tiraba de mi falda y al bajar la vista para ver de quién se trataba vi algo que en un primer momento me intranquilizó. Mi hermana volvía a tener siete años e iba con aquel vestido color verde que tanto le gustaba. “Puedo ir al parque, puedo, puedo” dijo con una voz infantil que para nada se parecía a la que había oído segundos antes. Antes de que pudiese contestar nada salió corriendo cruzando la calle sin mirar. Intenté gritar su nombre pero no me salía la voz, traté de correr hacia ella pero mis piernas no me respondían. Con un terror amargo que solo conocen los que han vivido una situación así, vi cómo un coche se aproximaba en dirección a mi hermana. Volví a abrir la boca para gritar pero ningún sonido salió de ella. Entonces, de la nada, y como si de un superhéroe se tratara, él apareció y la quitó de la trayectoria del coche antes de que este la golpeará. Mi héroe, mi amor, mi vida.

La mayoría de la gente se pasa toda su vida buscando a ese amor que haga temblar todos los cimientos de su vida, su alma gemela. Yo tuve suerte, él me encontró a mí. Noté como si alguien me besase en la mejilla y entonces su perfume me invadió. Era otra vez él. Ahora estaba sentada en una terraza ¿Pero qué estaba pasando? ¿Por qué no dejaba de viajar de un lado para otro? Aquello era una locura. “Amor, ya estoy aquí”. Él me cogía de nuevo de la mano acariciándome suavemente haciendo que miles de

mariposas revoloteasen en mi estómago. Era la terraza en la que habíamos quedado por primera vez tras el incidente de mi hermana. Él estaba sentado delante de mí con aquella dulce sonrisa que siempre hacía que perdiese la razón. Sus ojos color avellana me miraban como si yo fuese el ser más extraordinario del mundo. Aquella mirada hacía que todo mi mundo se derritiera y aún hoy, cuando él me miraba así yo era capaz de hacer cualquier cosa por él. Se acercó a mí despacio y me besó en la frente, despacio, con calma, el tiempo era nuestro. Sin embargo, cada día recuerdo con más fuerza unas palabras que solía decir mi madre cuando me veía tontear con los chicos del barrio “Cuando encuentres al hombre adecuado lo sabrás, pues el tiempo se convertirá en tu mayor enemigo. Cuando estás enamorada la eternidad no es suficiente”. Cuánta razón tenía. Después de aquella cita siguieron muchas otras y de todas volvía a casa sintiendo que era imposible respirar si él no estaba allí, quería volver a su lado, no dejarle jamás. Una luz me cegó. Cuando conseguí volver a abrir los ojos volvía a estar en aquella maldita habitación blanca. No quería estar allí, quería volver a la terraza con mi marido, o a mi casa con mi hija pero no quería estar allí. Aquella habitación me llenaba de angustia, miedo y dolor. Cerré ojos esperando que al abrirlos volviera a encontrarme en algún rincón de mis recuerdos pero al hacerlo seguía allí. Empezaba a temblar sin control cuando una música comenzó a sonar envolviendo toda la sala. Un mal presentimiento cruzó mi mente. Conocía aquella canción y por alguna extraña razón me hacía sentir náuseas y ganas de llorar. Quería salir de allí. Entonces, a aquella música que me aterrorizaba, se sumaron unas voces nerviosas que pedían cosas que no entendía. Sentí que me clavaban algo en el brazo y...

“María, María, amor estoy aquí. Todo va a salir bien ¡Que alguien me ayude!” Su voz sonaba desesperada e intenté buscarle por la sala para reconfortarle diciéndole que estaba bien que no podía soportar esa angustia en su voz y en ese momento... Aquella luz cegadora de nuevo. Cerré los ojos con más fuerza que la primera vez. Mi mente quería mostrarme algo, algo que había estado evitando hasta entonces pero tenía miedo. Sabía que lo que quería mostrarme no era uno de los preciosos recuerdos con mi marido o con mi hija. Quería enseñarme un momento terrible de mi vida, tal vez el más terrorífico de todos.

“Amor, amor tienes que abrir los ojos” Su voz sonaba triste y aquello me partía el corazón. Noté que me cogía de nuevo la mano y quise llorar. No entendía nada de lo que estaba ocurriendo y lo único que quería en ese momento era abrazar a mi marido y confortar su pena entre mis brazos. Sentí sus cálidos labios sobre la mano que sujetaba

entre las suyas y algo húmedo mojó mi piel calando hasta mis propias entrañas. Estaba llorando y mi marido a penas lloraba.

Con miedo pero llena de la valentía que el notar el calor de la piel de mi marido me infundía, abrí poco a poco los ojos. Íbamos en el coche, era de noche y de la radio salía aquella demoníaca música. Recordé que volvíamos del cumpleaños de mi hermana, muy especial ese año pues acababa de prometerse con un hombre que la adoraba. Era tarde y estaba cansada. En la carretera no había prácticamente coches, era una ruta tranquila en la que apenas había accidentes. Entonces vislumbré algo a lo lejos, dos luces que no debían estar ahí y que se acercaban a toda velocidad hacia ellos. “Daniel, ¿ves eso?” me escuché preguntar, él no contestó pero pude ver cómo asentía con la cabeza muy serio. Otras dos luces aparecieron al lado de las primeras. “¡Daniel frena!” grité aterrorizada. Eran dos coches compitiendo en aquella pequeña y angosta carretera. Iban muy rápido. La luz... la luz me cegó y después... después todo era dolor. Podía notar mi propia sangre deslizándose por mi cuerpo, escapándose poco a poco. Gritos, oí los gritos de mi marido pidiéndome que me quedase con él, que no le dejase, que abriese los ojos, que la ayuda llegaría en seguida pero yo... notaba algo oscuro que comenzaba a cubrir todo mi cuerpo, su voz sonaba cada vez más lejos y antes de perderme en mi subconsciente pude escuchar el sonido de una ambulancia...

Volvía a estar en la habitación blanca. “Abre los ojos, por favor. Vuelve a mí” escuché susurrar a mi marido en mi oído. Pero él no estaba allí “¿Daniel?” le llamé buscándole por la sala. “Abre los ojos, despierta, amor, despierta, por favor” volví a escucharle. Las lágrimas comenzaron a quemarme los ojos. ¿Cómo iba a despertarme si hasta solo hacía unos momentos no sabía dónde se encontraba? “No puedo, no sé cómo” balbuceé cayendo de rodillas en aquel blanco suelo y en aquel momento cuando yo daba todo por perdido recordé otra de las sabias cosas que solía decir mi madre. “Hija, no te pongas límites y no permitas que nadie te los ponga. Tú eres capaz de todo y te lo mereces todo, el único límite es el cielo”. Aquello me lo dijo cuando unas supuestas amigas trataron de convencerme de que Daniel era demasiado bueno para mí cuando en realidad éramos perfectos el uno para el otro. Infundida por un nuevo sentimiento que no supe reconocer me levanté del suelo. Tenía que salir de allí. Comencé a recorrer la sala y al comprobar que no había salida sentí furia e ira. Quería escapar de allí, tenía que salir de allí. Llena de estos nuevos sentimientos empecé a recorrer la sala tirando las sillas a un lado y a otro enfurecida. Una de ellas dio contra una de las paredes y esta se resquebrajó un

poco. Dispuesta a destruir aquella odiosa sala golpeé una y otra vez aquella pared hasta que...

La luz, una luz brillante, pero diferente a las anteriores, se colaba por mis párpados cerrados. Sentía a alguien sollozando sobre mi mano izquierda. Poco a poco y con cuidado, pues aquella claridad me hería, abrí los ojos. Ahora también podía escuchar un bip que se repetía cada pocos segundos. Muy despacio, no solo porque sentía como si cada movimiento me desgarrase todos los músculos sino porque, además, estaban muy rígidos y no me hacían caso, volví la cabeza para ver quién estaba allí. Mis ojos se iluminaron y una sonrisa automática asomó a mis labios. Aquella maraña de pelo oscuro solo podía ser de él, además, podía oler perfectamente su perfume. Con bastante dificultad moví mi mano libre y le acaricié el pelo. Él se quedó muy rígido “¿María?” susurró sin levantar la cabeza. “Te dije que siempre volvería a ti, pasase lo que pasase, hasta que la muerte nos separe” conseguí decir con una voz que fui incapaz de reconocer como mía. Daniel levantó la cabeza y me miró con aquellos enormes ojos avellana que siempre me hacía volar lejos de allí y que, ahora, estaban rojos por haber estado llorando. “¿Siempre?” me preguntó ¿Cómo podía preguntarme aquello? Había vuelto de un coma solo por él y por mi hija. Sonreí de nuevo antes de contestarle “Siempre”.

Y así volví a la vida, como la isla de Alejandría se unió a la tierra firme yo volví a unirme a la realidad y al amor de mi vida.